

La deuda y las huídas de capital

("Newsweek")

17-4-1989

En casi todo lo que se escribe sobre los problemas económicos de Iberoamérica se pasa por alto uno de los aspectos más desagradables de la cuestión: las huídas de capital de la zona. Ocurre que los países con mayores deudas son también los que cuentan con mayores ahorradores. Lo malo es que las grandes fortunas envían lo que obtienen a Estados Unidos o a Suiza. Estos capitales permanecen en el extranjero depositados en cuentas corrientes o son invertidos en propiedades inmuebles. Si fueran repatriados, servirían para reducir una gran parte de la deuda de sus países de origen. Méjico, que debe al extranjero unos 100 m.m. de dólares, tiene unos activos estimados en 84 m.m. fuera de sus fronteras. Los de Venezuela -unos 58 m.m.- puede que dupliquen el importe de su deuda. Los de Argentina se calcula que ascienden a 48 m.m. La cifra para Brasil es menor -unos 31 m.m.-, sobre todo en proporción al volumen de su deuda. El Secretario de Estado norteamericano, Nicholas Brady, en privado, ha calificado la situación de "indignante" ("outrageous"). En público ha señalado que la vuelta de los capitales huídos es esencial para el éxito de su plan de reducción de la deuda del Tercer Mundo.

Ahora bien, hacer que el dinero emprenda el camino de regreso no es cosa fácil. Los iberoamericanos tienen buenas razones para enviar sus fondos fuera. Si los conservan en forma de cuentas de ahorro en sus países, su valor puede reducirse espectacularmente por obra de una inflación de tres y hasta cuatro dígitos. Si lo invierten en negocios locales, los beneficios pueden ser gravados a unos tipos absurdos. Décadas de pésima administración económica y de inestabilidad política han conducido a que mucha gente, sencillamente, haya perdido toda confianza en los gobiernos. "Déficits presupuestarios masivos, impuestos exorbitantes, inflaciones galopantes, desorden

político... todo contribuye a destruir la fe de los ciudadanos y aconseja enviar al extranjero los capitales disponibles", dice el primer vice-presidente de Morgan Guaranty Trust Co., Rimmer de Vries. "No hay misterio alguno en todo ello".

Las huídas de capital empiezan frecuentemente con los sobornos políticos. Durante los años 70, los generales que gobernaban en Perú se hicieron famosos por las inversiones que realizaban en Key Biscayne, Florida, sobre todo en inmuebles. El ex-presidente de Méjico José López Portillo amenazó una vez con publicar una lista de personajes mejicanos que habían hecho grandes inversiones en el exterior del país. (No llegó a publicarla, pero muchos de los posibles afectados salieron de Méjico, por si acaso). El mismo López Portillo, según se dijo, situó en cuentas en el extranjero una gran parte de su fortuna, punto que el ex-presidente ha negado siempre.

Los hombres de negocios de Brasil han sacado dinero líquido para colocarlo en cuentas norteamericanas con ocasión de sus viajes a Estados Unidos. Temerosos de la posible elección de un presidente peronista en Mayo, muchos argentinos de rentas medias llenan sus "cajas chicas" de australes y las mandan a través del Rio de la Plata para depositarlos en cuentas en dólares en Uruguay. La gente más pobre practica una versión distinta del mismo juego. Cuando consigue ahorrar algo, convierte el dinero en dólares y los esconde en colchones como medida preventiva ante la inflación. Esto se llama huída de capitales interna.

Los bancos norteamericanos que han prestado grandes sumas a Iberoamérica se quejan de que las huídas de capital impiden que se les devuelvan sus créditos. Lo cierto, sin embargo, es que los mismos bancos contribuyen a veces a agravar el problema, en la medida en que no sólo admiten depósitos de dinero expatriado sino que los promueven. En Febrero último, el Citibank de Argentina mandó una carta a sus clientes locales diciéndoles que podían incrementar los capitales "a través de su inversión en activos líquidos, tanto locales como extranjeros". Un banquero argentino ha calificado esa carta como una

"invitación discreta" a enviar el dinero fuera. Algunos críticos de los bancos manifiestan que éstos no han sido afectados por la crisis de la deuda tanto como pretenden, dado que una gran parte del dinero que prestaron a los países iberoamericanos ha vuelto a los bancos extranjeros en forma de depósitos bancarios.

Los países de la zona podrían reducir los incentivos para mantener el dinero fuera mediante el establecimiento de impuestos que gravaran a los fondos que los ciudadanos mantienen en el extranjero. Para ello, los países ricos deberían obligar a sus bancos a revelar la identidad de los depositantes extranjeros y a colaborar con los gobiernos en la retención de los gravámenes. Ahora bien, los capitales expatriados no serían del todo útiles al país de procedencia más que en el caso de que volvieran a él. Los grandes banqueros parecen dispuestos a iniciar actuaciones para que esto ocurra. Hace sólo unos días, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial acordaron en principio destinar 25 m.m. de dólares para apoyar el plan Brady con la condición que los países deudores iberoamericanos fueran obligados a adoptar medidas destinadas a frenar la salida de capitales.

Para que el dinero vuelva a dichos países los bancos internacionales deberán prestar más atención a Iberoamérica, en el sentido de forzar a los países de la zona a que conviertan sus economías en inversiones productivas y seguras. Desde hace tiempo, la condición para una negociación de la deuda ha sido que los países adoptaran medidas de austeridad que redujeran las tasas de inflación y estabilizaran el crecimiento. Bajo el nuevo plan, los bancos pueden utilizar las huídas de capital como barómetro de la evolución de la economía, y rechazar nuevos préstamos si continua la hemorragia de capitales. Esto puede ser duro, pues los países que, probablemente con grandes sacrificios, consigan poner orden a su economía no tendrán ninguna garantía de que sus escépticos ciudadanos vayan a iniciar la repatriación de sus dineros.

Dice William Cline, del Institute for International Econo-

mics: "No es probable que se produzca pronto un regreso de los capitales situados en el extranjero o la reaparición del dinero que se ha colocado bajo un mosaico o dentro de un colchón". La experiencia del pasado sugiere que incluso la recuperación de esos capitales más tarde sería un pequeño milagro.
